

6. Teoría.

Antonio Nuñez de Herrera

“Denegación y ausencia de la historia.”

“Historia en azul de una revolución. “

“Estética, dolor y penitencia.”

“Visita interior a la de San Roman.”

“Fábula del guarismo y la incógnita.”

“Epica del dirigible y la torre.”

“Justificación del filósofo de la calle.”

“Hacienda y contabilidad de la emoción.”

“Conjugación de sentimiento y paisaje.”

“Nocturno y simbología del Viernes Santo.”

Teoría y realidad

de la Semana Santa, 1934.

Antonio Núñez de Herrera

DENEGACIÓN Y AUSENCIA DE LA HISTORIA

La Semana Santa no había existido nunca. Es cierto que se celebró otros años. Pero auténtica existencia no tiene hasta este Domingo de Ramos. Las otras Semanas Santas pertenecen a la Historia, es decir, al recuerdo. Y toda memoria se va, desaparece con su caudal de tiempos y acontecimientos, ante el hecho sencillo de salir los nazarenos a la calle. La Semana Santa es incapaz de filosofía y de historia.

En estos días no se razona. Se siente nada más. Se vive y no se recuerda. La Semana Santa no ha existido hasta ahora mismo. Queda lejana toda cuestión previa. Inútil buscarle raíces teológicas o tubérculos históricos. Nace la Semana Santa en sí, para sí y por sí. Es autóctona, autónoma y automática. Nace y crece como una planta. Dura siete días y en este tiempo germina, levanta el tallo, florece, fructifica y grana.

Acaba finalmente cuando el postrer nazareno se descalza las sandalias y las envuelve en el último número de "El Socialista".

El último nazareno, sí tiene su historia y su filosofía. En pesados artículos doctrinales ha leído algo sobre Hegel. También sabe que existe la interpretación materialista de la Historia. Pero ahora no se trataba de eso. No se trataba de Largo Caballero. Pero, ¡cuidado!, tampoco del Sumo Pontífice. Se trata de la Semana Santa.

La Semana Santa carece de antecedentes filosóficos y políticos. Es decir, no tiene antecedentes penales.

El último nazareno está contento. No siente haberle hecho traición a nadie. Ni siquiera a la Segunda Internacional. Él es, primero, sevillano.

Por lo demás ha cumplido con su deber. En la puerta del Ayuntamiento unos jóvenes tradicionalistas gritaban: ¡Viva la Religión Católica Apostólica Romana! Y él fue uno de los diez mil que pusieron las cosas en su sitio:

— ¡No! ¡Que viva la Semana Santa!

Son dos asuntos, señor. El nazareno envuelve sus sandalias en el último número de "El Socialista".

(...)

HISTORIA EN AZUL DE UNA REVOLUCIÓN

Es corriente que las revoluciones del mundo rematen en las gamas calientes del rojo. Encarnadas banderas. Llamas purpúreas. Sangre. Y el rubor de las auroras en que se ordenan las ejecuciones. Crepitan los pueblos sobre el primero de los siete peldaños del iris. El espectro solar se abre sus arterias y sangra sus goterones el drama. Florecen las violentas amapolas y se desgranaban en rubíes los más ilustres gules. Grandes ráfagas de carmín tiñen las frentes y las crónicas.

Los hermanos de la Macarena hicieron una vez su revolución... No había más remedio.

El escándalo aullaba sus gritos por el barrio. El escándalo trepaba por las mosquetas y las parras de los corrales, clamaba en el fondo de los patinillos, abría las piernas por las azoteas, o taimado, disimulado y cauto, escarbaba en los oídos de las comadres, por los umbrales, en los lavaderos. El escándalo hacía burbujas en el vino de las tabernas, espantaba los ojos de las mocitas en la flor de las esquinas y entraban por fin en la iglesia de San Gil sin descubrirse...

El escándalo ponía los brazos en jarras, crispaba los puños, decía palabras feas y daba cortes de mangas...

Pero lo grave fue que se atreviera a dar puñetazos en la misma mesa de discusión del Cabildo extraordinario de la Antigua, Real y Pontifica Hermandad de Nazarenos de Nuestra Señora del Rosario, Santísimo Cristo de la Sentencia y María Santísima de la Esperanza...

— No puede ser. No debemos consentirlo, No podemos permitir que el Arzobispo nos nombre un Hermano Mayor, nos imponga un amo, nos sujete a un dictador que disponga de nosotros, de nuestra cofradía, de nuestra Macarena...

— Y que se llama nada más que Emerenciano...

Aquello sí que no se podía permitir. Y entonces fue cuando surgió la palabra tremenda:

— ¡Camaradas ... !

Después fue cuando se hizo la revolución.

Pero en un color original y nuevo.

Por las calles del barrio corría el Hermano Mayor, tiznado de añil de arriba abajo.

Fue una revolución azul que abría las ventanas, los ojos, las puertas, las bocas, las risas, los balconillos, la guasa, los corazones, de par en par.

Don Emerenciano huía por entre un arriate de improperios, junto a un zócalo de carcajadas explosivas, en que estallaban baterías de dedos índices, convertidos, de pronto, en armas cortas.

(...)

ESTÉTICA, DOLOR Y PENITENCIA

La viejecita tuvo su hijo muy grave. Un tiro fue, de los de Asalto. ¿Se puede ser anarquista?

Diez días arrastró la viejecita sus lágrimas y sus zagalejos por los largos corredores del corral.

Él estaba allá dentro, sobre la humilde cama, serio y pálido. Algunas veces venían a verle sus camaradas. Salfan del cuarto con la cabeza baja, caídos los brazos. Pero crispados los puños, las uñas clavadas en la palma de la mano.

En la cabecera del lecho hay una estampa de la Virgen de la Estrella. Bajo el colchón, dos pistolas. El médico iba y venía recatadamente. El médico también creía en la libertad absoluta y en la fraternidad universal. Ni en las clínicas oficiales ni en el Gobierno civil supieron nunca nada de este herido.

Diez días, largos y ceñudos, atravesaron su silencio en el corral. De siete a nueve de la noche, lejanos disparos ponían medrosos asteriscos en el barrio, breves jazmines de violento plomo.

Ahora sólo estallan los claveles tempranos sobre las macetas, por los arriates. Y afuera trazan los clarines rayas de vidrio al murmullo de las calles. Ya pueden las vecinas armar sus jácaras en los umbrales y los mocitos de la FAI entonar los últimos fandanguillos por los rincones del patio.

Hoy la viejecita se ha hecho descalzar por el hijo que había estado muriéndose. Ahora va tras el paso de la Virgen, con los pies desnudos. El frío de las piedras en la noche clava largos cuchillos de dolor a sus piernas vacilantes.

Pero un hijo es una cosa seria. Y una promesa también. ¿Qué habría dicho si no de los dos Nuestra Señora de la Estrella?

Descalcita, va por las calles. El pensamiento bien alto y los ojos en el suelo.

Detrás de este "paso", detrás de muchos "pasos", van otros penitentes. Una masa oscura y silenciosa. No hay sobre ellos sino el clamor de la ciudad y el aire moreno del Domingo de Ramos. Pero semeja que soportaran un invisible "paso". Sobre sus hombros, las trabajaderas de la pena. Van los penitentes lentos, agobiados, unánimes costaleros de su duelo y su promesa.

Parecen ausentes de todo y, sin embargo, cualquier incidente que rompa la pureza de la Semana Mayor los vuelve en sí. Por ejemplo, esta "saeta" mal cantada...

Todavía protestaba más la viejecita cuando la mandaron callar:

— Señor, ¿qué tiene que ver la penitencia para que se tire ventajas el "niño de Alcalá"?

(...)

VISITA INTERIOR DE LA DE SAN ROMÁN

El que lee tiene un dejillo andaluz, pero no pronuncia mal. Habla fuerte y claro. Mas... ¿en qué idioma? Se expresa en el lenguaje del Registro Civil:

— Rafael Silva y Montoya. Manuel de los Reyes y Saavedra...

Nadie contesta. Y es tarde. ¿Dónde están los Hermanos de la Cofradía de San Román?

Están allí mismo, dentro de la Iglesia. Están allí, con los capiruchos quitados. No son nazarenos. Mejor parecen coptos, fellahs del Alto Egipto. Hay rostros de caoba satinada, de bronce de calderas, de aceituna en sazón. Las túnicas, junto a estas caras morenas y estos perfiles duros, adquieren un raro aspecto de caftanes, gibbehes y albornoces.

Pasa lista el lector:

— Gabriel Heredia y Salazar...

Nadie contesta. Los gitanos arreglan el "paso" de Nuestro Padre Jesús de la Salud. Lo están vistiendo de prestado, pero va a quedar precioso.

— Gabriel Heredia y Salazar...

Los Hermanos no entienden ese lenguaje. Entonces se hace necesario el intérprete. Va traduciendo la lista. He aquí la versión flamenca:

— Tiznao. Meloja. Sarampión. Tres Chirlas. Posturas. Ventolina. Esparpitao...

Todos están allí. Ya han entendido los siete. Y los demás: el Bocio, el Empar-mao y el Agonías... Sólo faltaban esos que entran ahora con una cruz a cuestras.

Diez minutos después están allí hasta las ánimas benditas. Discuten el arreglo del "paso", se pican de maldiciones, y se nombran los muertos.

Manuel no puede salir así este año. La cruz se la han prestado y está corta. Siete veces se han puesto en medio de la disputa. Por fin, la han sujetado con tirantes de alambre. Pero eso no puede ser.

— ¿Qué queréis? ¿Qué saquemos el "paso" del teléfono...?

Entonces con claveles han vestido los alambres. Y las jarcias quedan magníficas de arte, con una gala de banderillas toreras.

Los ojos que conocieron caminos y horizontes tienen ahora una profunda luz irrefragable que alumbra alguna fugitiva lágrima.

El Cristo, atezado y duro, será su imán toda la noche... Y le cortejarán con palabras que no están en los misales.

Por las calles, los gitanos ponderan a Manuel. Como si fueran a venderlo.

(...)

FÁBULA DEL GUARISMO Y LA INCÓGNITA

Él no se viste la túnica. Pero aún sin eso ¿no es nadie él en la Semana Santa? Él es el amigo del nazareno. Junto a los encubiertos cofrades, incógnitas en el maravilloso polinomio, él es el coeficiente numeral. Ellos serán el Álgebra en la doble ecuación de las filas: él es lo más concreto: la Aritmética.

El va con el nazareno. Y le cuida la cuenta del vino. Su amigo debe ser formal:
— Llevas ya doce "cañas". Y eso no puede ser...

Atención señores: el amigo del nazareno es ahora mismo un número cardinal. Es exactamente, el número 12. Representa en el mundo la docena de "cañas" que se bebió el cofrade.

¿Qué? ¿no tiene importancia? Él es el hombre que colabora en la Semana Santa por parentesco espiritual, por contabilidad y adhesión.

Va dando corte, guardia y pleitesía al nazareno. Y avisa a las amistades que este personaje enmascarado por el capuchón es, precisamente, su amigo. El nazareno habla bajo. El amigo es otro asunto. A voz en grito reparte su poema por las calles. No tiene más de dos palabras el poema:

— ¡Mi compadre!

Cuando divisa los grupos del barrio, levanta el gesto, abraza al nazareno y mira al público con una insolencia especial. Luego guiña un ojo:

— ¡Mi compadre!

Para que se entere el mundo. ¿No es nadie él en la Semana Santa?

Él es el amigo del nazareno. Y su probable Cirineo alta la noche. Le enciende el cirio. Le cuenta chistes y le lía el tabaco.

— Compadre de mi alma, hace usted un nazareno imponente...

En la noche acuden a la Catedral las cofradías. La Esperanza de Triana es una aleluya azul, un resplandor de clamores entre la majestad oscura de la Cofradía del Calvario. Aquí en la calle de San Pablo hay que esperar el encuentro. El claro arroyo bullicioso sobre el que viene, marinera, la Esperanza, aguarda junto al canal tranquilo que fluye de la otra Iglesia, en negra y solemne corriente de satén.

En la taberna se hace el tiempo más corto y se pueden alzar los capuchones.

Ya están aquí el número doce, el coeficiente de las doce "cañas", y su amigo el nazareno. En diez minutos se ponen en las diez y ocho. El poema, más arrugado cada vez, resuena todavía:

— ¡Mi compadre!

(...)

ÉPICA DEL DIRIGIBLE Y LA TORRE

El dirigible apareció en el horizonte como un pez de leyenda. Y era en Sevilla y jueves Santo.

Para estos días, precisamente, la ciudad parece necesitar todo su cielo; le hace falta un aire despejado y libre por donde navegue, en busca de remotos ecos, todo lo azul y altivo que mana, en invisibles humos y llamas escondidas, de esta candelera de los siete días.

Y sin embargo, entonces, de las altas acacias de la tarde nació esta móvil baya fabulosa y le crecieron plumajes de avestruz al horizonte. Pero quizás no era el cielo de Sevilla, sino un mar de aguas nuevas donde flotaban nácares angrelados, medusas invisibles de gasolina e incienso, y bogaba un escualo alemán domesticado.

Abajo la ciudad madreporica con ciento cincuenta torres. Y arriba, por la Pasión y el apasionamiento de Sevilla y por los laboratorios del mundo, un cielo conquistado. Junto a la Giralda de los alarifes el cetáceo de los ingenieros. Por el aire "saetas" y aviones.

En Sevilla y por Sevilla sacra madera de los Cristos, y un gran arcángel de aluminio. En cruz de torre y el dirigible. En asa de milagro nuevo el sentimiento y la ciencia, el arte y los dinamómetros. La ciudad con la planta sobre su historia ilustre, sobre sus trabajos y sus días, y con el pecho en su sentir más limpio y alta la frente, como la Giralda y el Zeppelin. ¿Por qué habían de reñir Rocío Vega y el Doctor Eckener?

Si los clarines sonaban su escuadra de trinos altos, bien cantaban su canción simétrica cinco abejas en el cielo, prendidas al dirigible.

¡Pureza de la Semana Santa, que con nada se empaña ni complica! No hay inconveniente para que los sindicalistas, por ejemplo, se sientan nazarenos. Bajo el capuchón la C.N.T. y en los estandartes el S.P.Q.R..

Existe un arte especial para entrar el "paso" de la Virgen de la Amargura y otro para atravesar de un vuelo el océano. En el Atlántico hay borrascas y en la calle de Guzmán el Bueno estrechuras emocionantes...

¡Eternidad y garbo de Sevilla! El dirigible volaba. Y sin embargo un sitio es la Plaza de San Gil y otro el Aeropuerto Terminal de Europa.

Porque bienaventurados los hombres que saben extraer del arte una mística sin mácula y los que saben construir dirigibles.

Por arriba nadaba el Zeppelin y por abajo, peces de cristal antiguos, sin cola, en el corazón.

(...)

JUSTIFICACIÓN DEL FILÓSOFO EN LA CALLE

Señores: él no es una persona cualquiera. Él es un filósofo. Claro que se pone claveles en el ojal y tiene un amorío —Rosario— en la Alameda. Pero eso no le impide llevar sobre las cosas y los hechos su mirada fría y profunda y la fuerza analítica de sus razonamientos corrosivos.

Sabe muchas cosas el filósofo. Sabe, por ejemplo, que Plotino escribió las *Enneadas* y que Víctor Cousin logró sacar los retratos de todos los sistemas filosóficos con cierto aire de familia. Conoce la *Summa* de Santo Tomás y las tardes apasionadas de Rosario.

En cambio, no ha logrado discernir cumplidamente el secreto más hondo de la ciudad. Cada año el filósofo aguza sus epiqueremas, cataloga premisas y emociones.

Todo el mundo sabe que por primavera se tensa el aire de Sevilla con unos aromas especiales. No hace falta repetirlo: ocurre que huele ya a Semana Santa. Cuando ese olor cuaja comienzan a salir los nazarenos.

Por siete días Sevilla se reintegra a la profundidad de sus redaños. Vive su ventura como en otro paisaje, afuera de cronologías y razones.

El filósofo entonces no bebe su limonada en la Alameda. Abandona a Kant, a Spengler y a Rosario. Pasea solo por la ciudad.

La Semana Santa se le desgrana en gestos y maneras, tallada en facetas alucinantes, como el poliedro en diferentes planos, que, sin dejar de ser la cobertura de un volumen único, se recortan en polígonos distintos.

El filósofo andaluz pasea solo: andar y ver de barrios y pasiones. Menos estos siete días, el filósofo es laico. Ahora ¿qué es? Pasea y medita:

— Esta beatitud de siete días alcanza el sentido metafísico del arte. Hay aquí una religiosidad, ausente del latín y del Decálogo, que llega hasta el vértice supino en que el ansia de las personas ensaya el prólogo de una estética trascendental.

En vista de todo eso, el filósofo se bebe cuatro "cañas". Es una manera corriente de resistir la Semana Santa. El clima de estos días tiene calidades tórridas. Se bebe vino como se toma quinina en los trópicos.

Con un alma de notario, el filósofo pudiera describir cumplidamente el tránsito de las Cofradías por las calles. Pero él sólo quería saber la procesión que va por dentro.

(...)

HACIENDA Y CONTABILIDAD DE LA EMOCIÓN

Norteamérica es un país formidable. Hay montañas gigantescas, trusts poderosos, yacimientos de petróleo y magníficas ciudades. Hay, por ejemplo, la gran ciudad de Chicago. Y en la gran ciudad, muchos ciudadanos Smith que poseen excelentes fábricas de embutidos. Algunos de estos caballeros viajan por Europa según la pauta de la casa Cook.

Todo hay que decirlo para explicar por qué mister Walter Smith —ojos desvaídos, cigarrillos Virginia y piel rosada— se encuentra precisamente viendo la Semana Santa en su silla de la plaza de San Francisco.

La Semana Santa en tal sitio es un museo en fila india que le pasan a uno por los ojos.

Mr. Walter Smith ha hecho su viaje —mil dólares todo comprendido— para pasar revista a la Semana Santa. Y por eso tiene que estar allí, en su asiento de la Plaza de San Francisco. Allí en ese fielato donde luce la Semana Santa por acumulación y cuantía.

Mr. Smith no podría ser manómetro para las altas presiones de los barrios. Se conforma con ser el contador del agua, con calibrar la maravillosa corriente que atraviesa la plaza ante su silla. Tiene una guía al lado y maneja un cuaderno para notas. En él ha escrito curiosas apuntaciones:

"Cuatro cofradías a la hora y treinta nazarenos por hectómetro".

Mr. Smith recuerda sus fábricas de embutidos e imagina unas metáforas infames:

La calle de la Sierpes es el grifo que desembute ese picadillo extraño de oros, luces, esculturas, músicas, colorines y bordados.

Pero Mr. Smith no conocerá nunca desde ahí las especias que aderezan esa masa. ¿Ha ido acaso a la Trinidad, al Patrocinio, a la Carretería o al Puente de San Bernardo?

No ha ido. Toda la Semana Santa la pasó en su silla. Pero tiene en cambio hecha su factura, según la tasa que dicta el cicerone:

Nuestra Señora de la Candelaria, peana y varales de plata repujada, palio de encaje de plata: 200.000 pesetas. Nazarenos de la Cofradía de las Cigarreras, túnicas de raso morado y cordón de oro, 20 nazarenos a 200 pesetas... Cristo de la Universidad: 20.000 pesetas de flores.

La relación es larga. Llena de hojas del carnet. Cuando pasa la Soledad, Mr. Smith suma y reduce su cifra a dólares; después da tres o cuatro hurras imponentes. Que también los salchicheros de Chicago tiene el corazón en su sitio.

(...)

CONJUNCIÓN DEL SENTIMIENTO Y EL PAISAJE

La ciudad tiene lugares y ocasiones. El buen saboreador de Sevilla conoce bien sobre qué confluencias florecen las maravillas y cuándo es la sazón y madurez de lo magnífico. Sabe con qué luna rebrotan ciertas calles recoletas y cuándo el olor del azahar es un vino como otro cualquiera y en qué madrugadas la Giralda es no sólo la mejor torre, sino la mejor mujer del horizonte.

La ciudad es en cierto modo un sistema de conjunciones. En la Semana Santa, por ejemplo, se da siempre entre el alma y el tiempo y el espacio, entre la hora, el sentimiento y la arquitectura, una organización de ecuaciones que únicamente para determinadas circunstancias toman valor concreto y solución exacta.

Hay esquinas que son el mejor párpado de la sorpresa y plazuelas donde no es posible oír "saetas" mal entonadas. Existen horas en la noche para que gorjeen canarios de oro fino en la selva de molduras de los pasos, y luces frías, humedecidas por el río de la tarde, que alumbran sólo para esmerilar la agonía que vidria los ojos del Cachorro. Hay una geografía de la Semana Santa y es necesario un reloj que marque el momento astronómico en que la cal y las ventanas deberán ser complementos plásticos para la opulencia de las procesiones en la calle.

La Semana Santa es principalmente espuma de concordancias. Los elementos simples navegan sujetos siempre y orientados a la conjunción que los acople. La voz del "capataz" deberá sonar de una manera especial en esta plaza. El anochecer tendrá unas luces determinadas y habrá un balcón que será greca provisional en la arquitectura total que levantan el aire, la hora, el gentío, la casa del fondo, el "paso", el color de las túnicas y el cielo, el redoble de los tambores, la luz de los cirios y la frase esa que se tiene que oír forzosamente para que se compongan, abrochen y reaccionen esos materiales en un solo edificio de milagro. Y lo que falte lo suplirá el espíritu.

Llamas violentas volvieron una vez pavesa de recuerdos la Virgen de la Hiniesta. Pero todavía hay unas calles y una hora que le pertenecen. Y todos los años hay que estar allí y en el minuto exacto cerrar los ojos para verla pasar recompuesta por las potencias del alma.

Sobre la calle y el instante la Virgen de la Hiniesta aquí otra vez. Por memoria, entendimiento y voluntad. Y luego echarle olvido a ese rencor sin norte que da portazos por la calle solitaria. Salía de San Julián a las siete de la tarde.

(...)

NOCTURNO Y SISMOLOGÍA DEL VIERNES SANTO

La ciudad: cincuenta y siete calles encendidas, torrenteras de las parroquias a los altos hornos de la Catedral. La noche del parasceve vacía su mineral derretido, su fundición de nazarenos, "pasos" y luminaria en el molde predipuesto de las cincuenta y siete calles. Al lado, ¡cómo late la escoria caliente, la muchedumbre sin cirios ni capirotos, innominada y tremenda, por las aceras y en las bocaminas! Hay estas canalizaciones para que la luz corra y se divierta; pero también oscuros flujos de gente apresurada: baja marea de una multitud desvelada que da bandazos entre la sombra anónima de todo lo que, por deslumbramiento y contraluz, se ha derrumbado en la ciudad.

Arropada por la noche, la ciudad es sólo esta hidrografía ardiente de las Cofradías en marcha. Desde lejos, por las galerías soterradas, el afán enciende los clarines y crepita en candelas presentidas el tumulto de los tambores. ¡Luz y luz!... Cuanto escucha el oído se reforma en complejo visuales. Porque hay un ansia que pierde las sensaciones por las veredas del sistema nervioso.

Del Jueves al Viernes Santo la noche es vaivén y afán interminables; y antes que amanezca, contra el níquel donde comienza el alba, las últimas estrellas son espigas de una gran zarza oscura clavadas en la carne.

Y menos mal que, la noche tiene viáticos y claraboyas, remansos de buñuelos y aguardiente, ensenadas de pescado y vino donde se repone el ánimo para seguir este debate de barrio y procesión.

La madrugada se presiente como un oxígeno nuevo, como un génesis que inventara otra vez el resto de la ciudad desvanecida y diera ritmo al pulso desacordado.

La Catedral temple entonces el luminar de sus grandes calderas, y cuando la aurora restablece el equilibrio de las luces y coloca los corazones en su lugar de siempre, el día asoma por las altas vídrieras de la iglesia en una alegría de santos transparentes.

Afuera del templo una sola mano infiagrosa exprime el oro de las tabernas y los naranjales de la madrugada. Y se engalla en el horizonte una Cofradía de torres altas.

Entonces... todavía la gente se reconoce, con la ciudad, salvada del derrumbamiento. Y los últimos supervivientes irán a ver entrar la Macarena.

